

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

PSICOTERAPIA Y ARTE

Ricardo Alberto Andrade

Psicólogo de la U. de A.

Docente de la FUNLAM

La psicología, además de su juventud como disciplina reconocida, presenta una delimitación de su objeto de estudio siempre controversial. Desde el inicio de su separación definitiva de la filosofía, a finales del siglo XIX, su objeto de estudio ha mutado al ritmo incesante de los modelos psicológicos: la conciencia, el inconsciente, los procesos cognitivos, las relaciones objetales, el arquetipo, la conducta; todos ellos con suficiente explicación teórica, todos ellos, en su momento, responsables de un fenómeno gigantesco de identificación y euforia, de prácticas y respuestas paradigmáticas, que cambiaran el mundo del saber sobre lo psíquico, el discurrir en torno a la evanescencia de la psique.

Al mismo tiempo, las propuestas terapéuticas y los modelos clínicos, cuyo origen pareciera fácilmente localizable en el tiempo, en el momento en que Pinel proclamara la necesidad de liberar del encierro a aquellos desdichados bajo el tormento de la estulticia, se pierden en el tiempo y acaban marchando en su corriente efímera, con la misma fluidez con la que el pensamiento sobre lo humano, el mismo que calificara, no sin sorna, Comte (1980) bajo los nominativos, pretéritos al tiempo de la ciencia positiva, de teología y metafísica.

Si dejamos que las palabras, esas mismas que nos visten de humanidad, que hermean los poemas y participan de la humanización; las mismas que vaciamos de sentido cuando olvidamos su fuerza, capaz de traer de la

distancia el rostro del amor, o del odio, nos orienten en la adquisición de un sentido relativo. Encontramos que psicoterapia significa *tratamiento del alma: psique, alma y terapia: tratamiento*.

Para Foucault (Citado por LOPERA, RAMÍREZ, CARMONA, ZULUAGA, RAMÍREZ, HENAO, MANRIQUE, HERRERA, CARMONA, 2007, pág. 171), el vocablo terapia es de gran referencia en la antigüedad. La palabra griega *therapeuein* significaba tres cosas: acto médico con el propósito de sanar, actividad de servidor que obedece ordenes y sirve a su amo, rendir un culto (Lopera y cols, pág., 171).

Pero, además, el vocablo estaba acompañado generalmente de otro que sirve a nuestro pequeño ejercicio filológico: *Heauton*, vinculado semánticamente con una referencia a sí mismo. El término preciso *therapeuein heauton* sería “curarse a sí mismo, servirse a sí mismo, hacer culto a sí mismo”. (Lopera y cols, pág., 171)

Filón de Alejandría habla de los terapeutas en los siguientes términos que llamaron la atención de Foucault, quien lo parafrasea en *Hermenéutica del sujeto* (Lopera y cols, pág., 171): “(...) Se llaman terapeutas porque quieren cuidar del alma como los médicos curan el cuerpo, y también porque ejercen un culto del ser. Cuidan del ser y cuidan de su alma. Y al hacer las dos cosas a la vez, en la correlación entre el ser y el cuidado del alma, pueden titularse los terapeutas”.

Al mismo tiempo, una diferencia puede ser hecha entre ese vocablo y otro que haría referencia a un aspecto similar: *iatrike*, del cual se derivan palabras como psiquiatría y fisiatría. Su contenido semántico común: una curación puntual, generalmente vinculada al cuerpo (Lopera y cols, pág., 171).

Ahora bien, lejos de desear retornar al impase cartesiano, no es interés de este texto hacer una distinción de los abordajes clásicos del alma y del cuerpo. Quiero señalar, sin embargo, que dos modalidades de abordar el sufrimiento se distinguen desde tiempos remotos: una, referida al cuidado de sí desde la subjetividad, otra referida a la atención de asuntos puntuales, más vinculada con lo que hoy llamaríamos remisión de síntomas.

Pero cuando se habla de subjetividad hace falta una gran acotación: ¿cómo llegar a una definición acabada del concepto? Seguramente no es competencia de este texto su consecución, pero acaso no sea atrevido en exceso si propongo, como fundamento de su intelección, la particularidad emergente, que aparece una vez se habla, por ejemplo, de que todas las personalidades son distintas. Y es que, aunque compartamos filogenéticamente un acervo fundamental, no dejamos de registrar en la clínica la siempre bienvenida, aunque inquietante, particularidad, que lleva a una reedición constante del espacio terapéutico, aun bajo la mirada aguda de la técnica.

Se tiene entonces dos componentes de la clínica, que como casi todo en el mundo de lo psíquico forman un conjunto sólo separable por la vía del artificio del intelecto, de ese intelecto que con Nietzsche (1999) podemos entender bajo el riesgo, siempre acechante, de la eventual antropomorfización, fundada en la reducción investigativa de los fenómenos existenciales. De un lado, un componente epistémico, un saber producto de la sistematización de la experiencia, susceptible de cierto nivel de generalización y formalización; de otro, uno que se sumerge en la especificidad del momento, que habita bajo el imperio poderoso de los segundos, extraviado en la estética impenetrable de la fugacidad y de la complejidad, siempre simple, del uno.

En efecto, un poco antes de los quiebres necesarios, no podría decirse otra cosa, que llevaron al método científico a encumbrarse como el método privilegiado de aproximación a la certeza de la evidencia y la verificación, Descartes hacía un intento introspectivo por encontrar una primera idea clara y distinta para fundamentar el edificio de su conocimiento: llega a decir, luego de una desconfianza nominada como *Duda metódica*, que él es. Si hiciéramos ese ejercicio introspectivo, rechazado hasta el desprestigio por los conductistas, frente a la ilusión metodológica de Wundt, es posible que encontremos entre la maraña de identificaciones y recursos culturales en permuta una sensación de unicidad, de mismidad, de particularidad.

Debe cuestionarse pues el lugar de la técnica en la psicoterapia; no porque deba ser desechada como una grosera arma en desuso en nombre de la

inquietante posmodernidad, o del “todo vale”, que molesta como un aguijón en el cuello cada vez que en el aula se hace el quite a una productiva discusión, en nombre de ese popular lugar común que se deja oír cuando alguien dice algo como: bueno esa es tu verdad, esta es la mía, y nunca nos pondremos de acuerdo. Que no haya un acuerdo próximo, en honor a ese facilismo reinante en los tiempos del click, y el trabajo automatizado en *El rincón del vago*, no quiere decir que no deba, en un contexto académico, reinar el debate y el desacuerdo, absolutamente imperativos: el conocimiento no marcha sino por los desfiladeros prometedores de la duda, de la insatisfacción.

En la clínica no todo vale, pero no hay una técnica; vez tras vez, ese saber emergido de heurísticas cuidadosas es sometido al fuego de la inventiva pasional del consultante. Existen técnicas, productos del conocimiento de otros, pero finalmente, sólo útiles una vez se han cuestionado hasta sus mismas bases por ese momento preciso e irrepetible en el que una intervención preciosa se dejó pasar: no hubo técnica, sólo un acto absolutamente irreductible.

Existe otro que depende en buena parte de la técnica y de una teoría para hacer su trabajo, pero que si repite en su tema se vuelve simple y vulgar: el artista. No hay obra de arte moral o amoral, hermosa o grotesca: hay obras irrepetibles, y por eso valiosas. La belleza no va repitiéndose por el mundo, aunque los paladines de la moda basen en ese olor a refrito del otoño, prestado para el trópico, sus ventas de garaje con nombres pomposos.

En ese sentido, el acto terapéutico se acerca al arte en algo más que para esas populares propuestas psicopedagógicas para los chiquitines díscolos. El acto terapéutico es un acto estético, emergente, que involucra un saber hacer técnico, una mezcla adecuada de saber y de razón, con una emisión chispeante de intuición.

Se me reprochará que ese acertijo intuitivo tenga cierto viso pseudocientífico, acaso vinculado con algunas artes adivinatorias o con oráculos contemporáneos. Pero la intuición es un modo complementario de saber que ha acompañado a los más radicales de los científicos en múltiples ocasiones, incluso a su pesar. Ya Feyerabend ha hundido su dedo en la llaga

racional cuando se revuelve contra el método, y demuestra esas inconsistencias en muchos de los más importantes descubrimientos (Feyerabend, 2001). Sí, suena como una bofetada al intelecto, pero dejaré que alguien que hizo de las bofetadas un arte culmine mi modesto escrito, y es que ese orgullo racional que nos acompaña merece ser cuestionado “(...) y solamente su poseedor y creador lo toma tan patéticamente como si en él girasen los goznes del mundo. Pero si pudiéramos comunicarnos con la mosca, llegaríamos a saber que también ella navega por el aire poseída por el mismo *pathos* se siente el centro volante del mundo” (Nietzsche, pág. 17)

Referencias

COMTE, A (1980). *Curso De Filosofía Positiva*. Lección Primera. España: Ediciones Orbis.

Feyerabend, P. 2001 (1999). *La conquista de la abundancia*. España. Paidós.

Lopera, D., Ramírez, D., Zuluaga, m., Ramírez, V., Henao, C., Carmona, D., Manrique, H., Herrera, g., Carmona, J. (2007). *Relaciones psicología - psicoanálisis un estado del arte*. Colombia: ed. Universidad de Antioquia.

NIETZCHE. (1999). *Más allá del bien y del mal*. Primera parte. España: Cultura.